

A través de un repaso de su trayectoria personal, trató el conferenciante de describir los objetos de su interés teológico, pasando a continuación a exponer qué fundamentos y potencialidades ofrece el cristianismo para el enriquecimiento de la vida personal, moral y comunitaria.

Olegario González de Cardedal
“Propuestas españolas desde la religión y la teología”

Inspiró a don Olegario González la introducción al programa del ciclo Propuestas Españolas que se refiere a aquellas "como la muestra de sus proyectos personales en buena medida realizados". A tal cuestión trató de responder el conferenciante describiendo qué es lo que le ha preocupado, qué ha intentado a lo

largo de su vida llevar a cabo y qué cuestiones de fondo alimentan la docena de libros que ha publicado.

Para responder a estas cuestiones se propuso estructurar la conferencia en dos partes. La primera haciendo memoria, "quizás por primera vez" de sus posibles aportaciones a la religión y la iglesia

reflexionadas por la teología. La segunda parte tratando de dilucidar cuál es la aportación que puede hacer una reflexión teológica a la madurez, sanidad y esperanza de la sociedad española.

Siguiendo este esquema pasó a enumerar sus proyectos personales:

El primero ha sido y es el de recuperar la significación en el orden teológico y antropológico que tiene la religión para la vida individual cuando no se la reduce a otro orden (moral, político...) que no es el suyo propio y no se la provincianiza.

En segundo lugar reconoce haber pretendido devolver la limpieza y dignidad objetiva del lenguaje religioso y redescubrir la fecundidad que tienen las palabras sagradas (Dios, Cristo, Iglesia, redención, pecado, esperanza...).

Como tercer objetivo ha perseguido el conferenciante mostrar que la ejercitación de la vida religiosa no es sólo cuestión de buena voluntad, sino primordialmente cuestión de buena inteligencia. En ello están en juego cuestiones previas a la moral, cuestiones de buena esperanza...

Siguiendo su enumeración señaló haber intentado diferenciar lo que debe ser diferenciado en la historia de España para que una vez distinguidos se puedan unir y puedan colaborar.

En quinto lugar estaría su pretensión de acercar la conciencia religiosa española y la europea como cultura y como forma de realizar la catolicidad. En este sentido se ha sentido heredero de un bagaje de pensamiento y desarrollo intelectual que ha sido marcado en los años cuarenta por las "Conversaciones católicas de San Sebastián", más tarde

"Conversaciones de intelectuales católicos de Gredos" y ya en los sesenta el Concilio Vaticano Segundo que dio carta de naturaleza a los ideales católicos de libertad, de modernización de conciencia y ensanchamiento de la conciencia católica.

Como sexto punto de interés indicó don Olegario el intento de

sensibilizar la teología española a la cultura vigente y el pensamiento filosófico, que para su generación —la de 1930— estaba representada por dos generaciones anteriores: la de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Unamuno, Ortega, Morente, etc., y la posterior de Laín, Marías, Rof Carballo, Yela, etc., caracterizadas ambas por el conocimiento y sensibilidad teológica y por un tratamiento del tema que manifiesta el interés y respeto que merece. Se preguntó el conferenciante si a este interés por parte de los intelectuales señalados correspondió la iglesia con la misma sensibilidad, a lo que tuvo que responder, no sin tristeza, que parece que no.

En relación con el estado actual en las relaciones filosofía y filología-teología, denunció don Olegario una situación inversa: mientras existe en España un buen número de teólogos que publica con el rigor adecuado, a la altura de los tiempos, hallamos una cultura universitaria que mira a la teología con desprecio y desconocimiento: "dos décadas de paso por un marxismo beligerante y absolutizado en las cátedras de la universidad^ sembró de sal la inteligencia de enteras generaciones".

A pesar de esta llamada de atención no demuestra pesimismo don Olegario que reconoció, con confianza, que ahora despunta una nueva fase de interés y hay muestras de un redescubrimiento de la teología por parte de nuevas generaciones que "uno mira con sim-

patía y esperanza", pensando que superadas antinomias y polarizaciones sean y habiten en el universo de la cultura teológica y filosófica europeas y puedan pensar con libertad.

En cuanto a su producción teológica, que fue el séptimo apartado de esta parte de la conferencia, dijo el conferenciante que había estado marcada por la preocupación por lograr expresión eclesial de la fe y teología donde fueran posibles la convivencia y colaboración de muchas cosas que eran vistas en alternativa, esto es, en conciliar o reconciliar realidades que perteneciendo a la única vida, no habían descubierto su convergencia o habían estado separadas (la analogía era lo específico del catolicismo, como la dialéctica lo era del protestantismo). Esta inquietud por conciliar conceptos o realidades se ha visto reflejada en los títulos de sus libros: *Misterio Trinitario y Existencia Humana, Teología y Antropología, Ética y Religión, Ciudadanía Hispánica y Confesión Teológica...*, incluso superando realidades aparentemente divergentes: *El poder y la conciencia, Madre y Muerte*.

En una segunda parte de la conferencia trató don Olegario González de establecer qué aportaciones podría hacer la teología en la medida en que reflexiona sobre la realidad — religión vivida—, articulada en iglesia.

El cristianismo como realidad vivida pretende hacer cuatro aportaciones a la vida humana:

En el orden de la verdad, respondiendo a la pregunta por el sentido y orden de la realidad.

En el orden de la acción, respondiendo a la pregunta por la misión, la responsabilidad, los deberes y los fines de la vida.

En el orden de la convivencia, proponiendo un relación con el prójimo y creando una comunidad de participación y fraternidad.

En el orden de la ultimidad, otorgando un sentido a ese futuro absoluto y mostrando en qué medida hay una oferta escatológica de Dios para la historia humana.

El problema no es qué puedan el cristianismo y la iglesia ofrecer desde sí mismos, sino lo que la conciencia y la sociedad española sientan como más necesario en cada momento histórico. La fecundidad de la oferta vendrá determinada por la esperanza y exigencia, por la convergencia entre la oferta y lo que la sociedad espera.

La Iglesia hace su oferta desde el Evangelio de Jesús, dice lo que ella considera Constitución Real y Destinación Divina de la vida humana, sea ésta descubierta y aceptada o permanezca rechazada por una fase de la historia y de la sociedad. A su vez, organiza su acción a la luz de la demanda, lo que quiere decir que establece unas primacías no sólo por lo que ella considera la realidad del objeto, sino por la necesidad y capacidad del sujeto de oír esa propuesta suya.

El conferenciante, dicho esto, considera que la aportación más sagrada y urgente que la Iglesia

pueda hacer ahora a la sociedad española es triple:

1.º Aportación al fortalecimiento de la vida personal, esto es, ofrecer razones para ser.

2.º Fortalecimiento del orden moral, ofreciendo razones para hacer, para obrar bien.

3.º Fortalecimiento de la realización comunitaria, ofreciendo razones para convivir.

La conmoción del fundamento de la vida de occidente en el siglo xix que supuso el advenimiento del nihilismo profetizado por Nietzsche ha llegado a su punto extremo con la desaparición del horizonte de la vida humana de Dios, de la vida y los órdenes normativos que hasta ahora fueron no sólo referencia obligada para las conciencias individuales, sino para la sociedad y quienes ejercían la autoridad y los poderes públicos.

A la voluntad de verdad y bien ha sucedido la comprobación de la facticidad y la voluntad de poder, sin que ninguna de ellas intente anclar en la verdad y el amor como raíces de la libertad.

La persona, la acción y la comunidad han perdido sus anteriores fundamentos y raíces; la suprema cuestión es si la persona, la acción y la comunidad son fundables públicamente en un discurso razonable y comunicable o tenemos que dejar a la arbitrariedad

y privaticidad que funden estas tres realidades.

Sobre ese fondo de desfundamentación, es desde donde la Iglesia puede aportar:

En primer lugar, fundamentación de la vida personal; el cristianismo parte de tres verdades: la realidad como creación; Dios como Dios

encarnado; y la consumación progresiva de la historia en una libertad que anticipa el futuro al presente dado que de la acción presente se deriva el juicio final. Es por tanto una aportación al sentido de la existencia humanitaria por una noción del hombre como creación, como prójimo y parte de la comunidad.

La encarnación supone la alianza de Dios con el hombre, un fortalecimiento infinito de la autoestima humana. Es el punto cumbre de un movimiento divino hacia el hombre que lo dignifica absolutamente. Cualquier crítica que se haga a la situación de los humanos en manera alguna supone una cuestión, negación o sospecha fundamental contra el hombre que, aun bajo la degradación del pecado, es imagen de Dios. La encarnación en este sentido tiene una destinación universal no sólo por sus efectos sino por su misma realidad.

Una de las frases que supone una de las más geniales innovaciones del Concilio Vaticano II y que ha sido repetida por Juan Pablo II desde su primera encíclica refiere que "El hijo de Dios por su encarnación se ha unido de un cierto modo con cada hombre", esta expresión es clara en cuanto a la dimensión de la encarnación que afecta a cada hombre y cada hombre está afirmado en Él.

La muerte de Cristo es el signo supremo del valor que Dios otorga a cada hombre incluso a los pecadores que crucificaron al Hijo, a los que no responde Dios con el

castigo sino proyectando sobre ellos el perdón y amor que Él tiene al propio Hijo. De tal forma que asistimos a la afirmación absolutamente increíble de que el Padre ama con el mismo amor a los que matan al Unigénito que al Unigénito crucificado.

El cristianismo así pensado da razón de la fundamentación y dignificación que otorga a cada existencia humana que no queda a merced de ninguna valoración externa, situación política e incluso de ninguna apreciación propia de sí mismo.

En relación con el prójimo dijo el conferenciante que las dos herejías modernas más terribles que se han proferido han sido: una la afirmación de Sar-tre "el infierno son los otros", cuando la verdad real es exactamente la contraria: el infierno es la situación, la realidad a que el hombre se ha destinado a sí mismo rechazando la paternidad de Dios y con ella rechazando la fraternidad de sus hermanos, quedando reducido a la suficiencia de la propia soledad que, por ser absolutamente desproporcionada a su capacidad, se convierte en un eterno suplicio.

La segunda herejía es la formulada en el Don Juan de Zorrilla, pronunciada por don Gonzalo: "¿y qué tengo yo, Don Juan, con tu salvación que ver?"; la herida más profunda que se ha asestado al hombre ha venido de la mano de Nietzsche, al definirlo como soledad azul, como habitante de

un cielo de águilas, del desierto y soledades marinas.

El superhombre ha desplazado al "otro"; ha despreciado a la comunidad como rebaño, identificando la libertad con la soberanía y el poder frente a los otros.

La gesta más sanguinaria de Nietzsche no es sólo que haya decretado "la muerte de Dios", sino lo que simultáneamente ha decretado; la muerte del prójimo.

Para la tradición judeocristiana, frente la autonomía de Kant y la voluntad de poder de Nietzsche que han informado la conciencia actual, el hombre se define como el prójimo del otro, y sobre todo como el prójimo de Dios, no porque él lo elija, sino porque Dios le ha constituido en guardián de su hermano y se ha dado a sí mismo como prójimo del hombre en Jesucristo.

La mejor antropología contemporánea ha redescubierto que cada hombre está "encargado con su hermano"; este "poder hacer" se convierte en "tener que hacer", funda la máxima grandeza y dignidad del hombre. No somos libres del otro sino cautivos con el otro, rehenes por el otro. Esta es la suprema definición del hombre libre.

La libertad por tanto no existe sino con el prójimo, no es libertad de él, sino libertad para él. Cualquier otra definición de la libertad, o es animal, o es pre-moral. Por ello frente a la autonomía aparece la sustitución como suprema tarea del hombre; sustitución que evidentemente no es el mecánico desplazamiento que se hace de un culpable por un inocente. Jesucristo no nos redime sustituyéndonos en el vulgar sentido de que él sufra por nosotros; anticipa una forma de realización de la vida humana en

libertad cualificándonos para poder revivirla y ejercitarla como nuestro destino.

En este sentido la teología ha descrito la proexistencia de Jesucristo en un doble sentido: existiendo antes que nosotros y, en segundo lugar, existiendo en nuestro favor. Morir por otro no es una imposibilidad, como dice Heidegger, sino que el cristianismo ha descrito esta realidad afirmando que quien pierde su vida la gana, y reconociendo en cada prójimo una presencia vicaria y sustitutiva de Cristo y en Él, una presencia vicaria y sustitutiva de Dios que permite decir que el juicio final se ejerce respecto del servicio que cada hombre ha hecho con su prójimo ya que Dios se ha dado como prójimo en la historia. No se puede establecer una relación con Dios, que no se ve, si esa relación no va mediada por el prójimo, a quien vemos, constituido en una presencia implícita de Él.

La Biblia como relato de quienes vieron a Dios, la voz de Dios oída en el corazón del mundo, es fuente de una racionalidad nueva que ha excindi-do el abismo de la opacidad objetiva del ser y de la soledad del hombre en el mundo. Es el fundamento que hace posible la comunicación y la vida personal. Cuando Dios habla puede el hombre responder y en la respuesta inicia un camino de responsabilidad. Donde Dios toma en serio al hombre y le confiere una misión, estamos en un mundo individualizado y personalizado.

La vida humana se condena cuando todo se impersonaliza o despersonaliza, dejando paso a poderes anónimos, no presentes, no identificables ni cita-bles a responsabilidad y a juicio. Donde Dios nos nombra y llama, los hombres y las cosas tienen nombres, responden y hay responsabilidades. La Iglesia, así

vista, es signo de existencia personal, agradecida, vocada y responsable, en su orden propio y en la totalidad de la existencia.

Tener a Dios como espectador dignifica la vida del hombre; incluso en la historia del arte se ha podido establecer la división, agudamente vista por Nietzsche, de aquella con testigo o sin testigo; en presencia de Dios o creadora de obras para los hombres.

La idea del juicio en el cristianismo nunca fue motivo de angustia sino, al contrario, de dignidad, porque la nivelación en la igualdad de lo diferente es la suprema injusticia y humillación de la persona y la historia. Cuando el hombre tiene a Dios como medida, como espectador y velador, todo lo suyo se hace infinitamente valioso y la angustia sólo surge cuando el Dios de la revelación y la redención es sustituido por el del deísmo que no sabe nada de la historia ni tiene relación con el hombre y queda reducido a legislador, a gobernante y juez (en este caso tiene espectador pero sólo bajo la dimensión exigitiva y no dilectiva, comparativa y conviviente que es lo específico del Dios de la Revelación).

Citando a Kierkegaard, don Olegario González de Cardedal dijo que cuando uno niega a Dios se niega a sí mismo y si se ríe de Dios es de sí mismo de quien se ríe; cuanto más puro es un hombre tanto más se acerca en su relación a los otros hombres como tal, no como objeto. Donde se cree en el

Dios hecho hombre se cree en la dignidad divina del hombre; y desde aquí se tiene capacidad para asumir una historia de pobreza y de violencia como la asumió Jesús, portándola y transformándola. Si Dios fue prójimo de nosotros hasta morir por nosotros, cada hombre se convierte en un prójimo más allá de su dignidad material, valor moral o actitud respecto al mundo.

Si el hombre fue absolutamente sagrado para Dios, el hombre es absolutamente sagrado para su prójimo. La persona se afirma extraordinariamente no sólo como subsistencia y autonomía en sí, sino como relación y sustitución para con el otro. La libertad es la capacidad para realizar la misión al servicio de la cual hemos sido pensados por Dios; esa libertad va religada a la verdad que la nutre, a la historia previa en que se enraiza, a la comunidad en medio de la cual encuentra compañía y amor para abrirse al futuro. Se ejercita como responsabilidad en gozo, se proyecta como voluntad de obra bien hecha y es fuente de felicidad.

Don Olegario cree que es en este redescubrimiento de la especificidad del orden religioso, en su incardinación cristiana, donde la teología puede aportar un proyecto de la vida humana en dignidad y en libertad, desde la cual una sociedad pueda reconstruirse.

Una de las llagas más profundas de la vida contemporánea es haber escindido la dimensión individual

y la social; la moral personal y la moral pública hasta el absurdo de haber reclamado virtudes públicas con independencia de los vicios privados, pensando que las acciones no repercuten sobre el ser y que en cada momento se puede ejercer una libertad nacida virginal e

inmaculada, cuando la realidad es que el hombre es hijo de sus obras y cuando en el orden personal último desiste de la verdad y una moralidad termina persistiendo en la inmoralidad y en la falsedad.

A don Olegario le hubiera gustado poder continuar la conferencia deduciendo de esta realidad un posible fortalecimiento del orden moral, de razones para hacer, aunque advirtió que el orden moral nunca es primero en la experiencia religiosa profunda, que es un indicativo de gracia: hemos sido agraciados, llamados y responsabilizados y por el inmenso gozo de esa experiencia y gracia sentimos la necesidad de establecer una forma de existencia que a la gracia responde con agradecimiento y vive la moralidad con el gozo de poder hacer y no con el resentimiento de ser exigido o tener que hacer algo frente a alguien, respecto del cual, sin el fundamento cristiano, no se sabe muy bien por qué tendría uno que tener que hacerlo. Es por tanto de estos fundamentos de donde surge el fortalecimiento de la realización comunitaria, a la que hubiera deseado referirse don Olegario González, al finalizar, su conferencia, que por motivos lógicos de tiempo, dejó en este punto.

A.A.